

CABALÍN.—Y José. Supongo que será lo que se debe decir.

DOÑA TRINIDAD.—Hubiera estado mejor que no añadieras nada.

CABALÍN.—¡Por fas o por nefas la he de pagar yo siempre!... ¡También es grande eso, tú!...

MARÍA ANTONIA.—No te escandalices, mamá, que no hay motivo ninguno. Hablo de lo que corrientemente se dice *tener alma*. Esa alma que va por la sangre, por los nervios, por la imaginación..., y que a veces sale por los ojos, por las palabras, por los ademanes... y por eso que los tontos llaman las locuras.

DOÑA TRINIDAD.—Ahora tú misma lo has calificado bien.

MARÍA ANTONIA.—Quizás...; pero ya es viejo el dicho de que gracias a los locos hay un poquito de alegría por el mundo.

LUIS.—Sin embargo, me figuro que no echarás de menos los cascabeles y las carnavaladas para todo el año.

MARÍA ANTONIA.—Evidentemente que no.

DOÑA TRINIDAD.—En una mujer tan dichosa como tú es casi un crimen lo que dices.

MARÍA ANTONIA.—Lo sé, mamá, lo sé. Reconozco que es virtud, y hasta conveniencia social para todos, la discreción, el recato, la austeridad..., la vista baja y los oídos torpes..., lo reconozco; pero concededme vosotros que ha de ser un poco peligroso

y un poco triste el que en toda una vida, en todo un cuerpo con sus pasiones y sus deseos, no haya ni siquiera una ventana chiquirritita por donde alguna vez pueda asomarse un momento a respirar nuestra locura.

DOÑA TRINIDAD.—¡Es que no la debemos tener!

CABALÍN.—Como no se debe tener dolor de muelas..., pero se tiene.

DOÑA TRINIDAD.—¡¡Pues no se debe tener!!

CABALÍN.—Arruinabas a los dentistas.

DOÑA TRINIDAD.—¡Hablo de lo que hablábamos, no de la interrupción incongruente!

CABALÍN.—¡Ya está la zurra sobre Cabalín! ¡¡Es mucho sino el mío, Señor!!

LUIS.—No te niego que en más de una ocasión la vida material vaya por un lado y la fantasía vaya por otro...; pero eso es disculpable un minuto solamente. Los que persisten y se complacen en fomentar esos absurdos, no son gentes sanas, sino enfermos y candidatos al manicomio.

MARÍA ANTONIA.—Eso creo yo también.

DOÑA TRINIDAD.—Y eso es.

PEDRO.—Indudablemente. Pero tal vez merezcan algo de compasión esos desequilibrios, sobre todo cuando recaen en quienes más necesitan la vida equilibrada.

CABALÍN.—¿En los matrimonios?

PEDRO.—En ellos, sí.

DOÑA TRINIDAD.—Es donde menos debe pasar;

que ya sabemos todos la obligación imperiosa de amoldarnos mutuamente la mujer al marido y el marido a la mujer.

MARÍA ANTONIA.—Claro que sí. La obligación es indiscutible...; pero lo que decimos precisamente es que la obligación ha de ser muy dura de sobrellevar cuando los caracteres son opuestos, cuando uno es fuerte y nervioso y tiene ansias de vivir... y el otro es comodón, apático, sin fibra y sin nervios...

CABALÍN.—Fofó. Y los hay fofísimos...

DOÑA TRINIDAD.—Yo no sé lo que habrá en cierta clase de personas; pero en otras, en las que yo conozco, nunca se olvida cuál es nuestro deber, y que al casarnos quedamos unidos para siempre en cuerpo y alma.

MARÍA ANTONIA.—En cuerpo y alma, sí. ¡Qué gran hermosura es... cuando eso es, y qué gran desdicha ha de ser... cuando eso no es! Y aun al cuerpo, mucho o poco, siempre lo miran...; pero en cambio cuántos hay..., ¡cuántos!, que pasan toda la vida juntos y no sospechan siquiera que a su lado vibra un alma..., ¡una pobre alma que se descorazona por la indiferencia..., y aunque muchas veces no se rebela por cobarde, está siempre viviendo en rebeldía! Y de fijo que se preguntarán con mucha frecuencia en lo más íntimo de sus pensamientos: «¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¿Para qué me diste tanta alma, si tú ya habías dispuesto que no me sirviera para nada?»

LUIS.—¿Conoces a alguien en ese caso?

MARÍA ANTONIA.—No.

DOÑA TRINIDAD.—Afortunadamente.

MARÍA ANTONIA.—Afortunadamente. Lo que sí conozco, aunque en otro orden muy distinto, es lo que pasa aquí.

LUIS.—¿Qué pasa?

MARÍA ANTONIA.—Que en el jardín habéis hecho un *tennis* espléndido..., ¡espléndido!..., pero no hay quien juegue. Que arriba habéis hecho una biblioteca magnífica..., ¡magnífica!..., pero no hay quien lea, y allí no va nadie ni por casualidad. Y a veces, como ahora, me entran unas ganas locas de preguntar: ¡Dios mío!..., ¿por qué nos dan *tennis* y libros, si tú ya habías dispuesto que no nos sirvieran para nada?»

DOÑA TRINIDAD.—¿Por qué no juegas tú?

MARÍA ANTONIA.—¿Sola?

DOÑA TRINIDAD.—Si te gusta a ti, ¿por qué no lees?

CABALÍN.—¿Sola?

DOÑA TRINIDAD.—¡Pues claro!

LUIS.—¿Por qué no sales y vas a expediciones como hacen otros de la colonia?

MARÍA ANTONIA.—¿Con quién? Mamá se cansa... Pilar, por el novio, no quiere...; tú vas a Madrid todos los días y los domingos vuelves rendido y deseoso de tranquilidad... Cabalín no cuenta...

CABALÍN.—¡Gracias!

MARÍA ANTONIA.—Pero lo mismo da. Tan contenta en casa...

LUIS.—¿Quieres que venga yo algún día?

MARÍA ANTONIA.—¿Y tus negocios? Eso no sería razonable.

DOÑA TRINIDAD.—No le hagas caso, que es una chiquilla.

MARÍA ANTONIA.—Es verdad. Ahora ya sé fijamente lo que soy. Una chiquilla... y me marcho a jugar con las muñecas. ¡¡Buenas tardes, vejestorios!!

Mutis rápido por la izquierda.

ESCENA X

Dichos, menos MARÍA ANTONIA.

DOÑA TRINIDAD.—Me parece que hoy está un poquito excitada de más...

CABALÍN.—Vosotros tenéis la culpa por reprenderla en todo. Con su espontaneidad y su carácter bullicioso vale cuanto pesa en brillantes; pero la obligáis a ponerse muy seria... y ya no vale un comino. Verdad que tomándola en serio la Humanidad entera es despreciable.

DOÑA TRINIDAD.—¿Nosotros también?

CABALÍN.—Menos nosotros. Somos la excepción.

LUIS.—No creo que tenga motivo de salud ni de contrariedad...

DOÑA TRINIDAD.—¡Ninguno! ¿Qué va a tener?

CABALÍN.—Sencillamente haberse cansado del

campo... y tú verías cómo un viaje, por ejemplo, la entusiasmaba.

LUIS.—Haciéndole falta, hoy mismo... Pero dentro de poco he de ir a París por mis asuntos, y entonces la llevo.

CABALÍN.—Falta, no. Era una idea mía.

DOÑA TRINIDAD.—Ya, ya. Mejor que aquí no estarán en ninguna parte mientras duran estos calores de agosto.

CABALÍN.—Por eso, no. Es mentira que haga calor...

DOÑA TRINIDAD.—¡¡Hombre!!

CABALÍN.—Como es mentira que haga frío en diciembre, ni que llueva ni que varíe la temperatura en ninguna época. ¡Mentira toda!

DOÑA TRINIDAD.—Ya estás con alguna bobada de las tuyas.

CABALÍN.—Para nosotros sí hay todo eso, y reumas, y asma... y otras indecencias más; pero lo que es para éstos no hay nada. La juventud no sabe jamás qué tiempo hace...; ni sabe siquiera que hay tiempo.

DOÑA TRINIDAD.—Además, ahora sería ir a gastar en bobo.

CABALÍN.—A gastar sí, pero no dinero solamente, sino fuerzas y energías, que son perjudiciales cuando sobran. A la gente moza le conviene zalandarse y variar de vez en cuando las ideas habituales. El cambiar de ropa interior es higiénico; pero el cambiar de pensamientos también lo es.

LUIS.—¿Qué te parece a ti, Pedro?

PEDRO.—Que vosotros lo resolveréis. Yo en eso no entro ni salgo. Si os vais, bueno; si os quedáis, mejor...; pero yo hasta fin de septiembre aquí me quedo muy a gusto.

DOÑA TRINIDAD.—Y se aprovecha la casa, que para algo la tenemos.

CABALÍN.—Pongamos que no despegué los labios.

LUIS.—Lo más sencillo es preguntárselo a ella.

Llamándola.

¡María...! ¡María Antonia!

PEDRO.—Esa es la mejor opinión.

DOÑA TRINIDAD.—Por ella, desde luego.

ESCENA XI

Dichos; MARÍA ANTONIA, por la izquierda.

MARÍA ANTONIA.—¿Llamabas tú, Luis?

LUIS.—Estamos proyectando un viaje por San Sebastián y Biarritz.

MARÍA ANTONIA.—Bueno...

LUIS.—¿Prefieres irnos ahora pronto?

MARÍA ANTONIA.—Cuando quieras. Para mí es indiferente una fecha u otra.

LUIS.—¿Y dejándote la elección?

MARÍA ANTONIA.—Entonces en septiembre, a fines..., para la escapadita a París.

LUIS.—(A CABALÍN).—Muy urgente no parece...

CABALÍN.—Lo estaba pensando yo también. Y me

sucede con mucha frecuencia que cuando cavilo en algo que dije, suelo sacar la conclusión de que era preferible no haberlo dicho.

DOÑA TRINIDAD.—Ideas fantásticas de éste...

Mutis por la izquierda.

LUIS.—Yo tengo que ir para mis asuntos y entonces te llevo.

MARÍA ANTONIA.—Perfectamente. Y tú qué interés tenías?

CABALÍN.—Ver si me convidabais, que hace tres años que no estuve por Biarritz... y tengo allá una pasión.

MARÍA ANTONIA.—¿Alguna que está loca por ti?

CABALÍN.—Por mí, no. Pero loca, si...

LUIS.—Cuéntale a ésta tus hazañas. A nosotros, no, que ya sabemos hasta dónde va tu imaginación.

CABALÍN.—¡Envidias! Como estos son dos buenos maridos, deplorablemente buenos, les causa pelusilla mis proezas...

LUIS.—Pico... y gracias. ¿Echamos un ajedrez, Pedro?

PEDRO.—Si quieres...

LUIS.—Pero una partida sola y sin desquite.

PEDRO.—Bueno.

MARÍA ANTONIA.—¿Otra vez a sentaros?

LUIS.—Ya me traqueteo bien durante la semana.

Mutis los dos por el foro.

ESCENA XII

MARÍA ANTONIA y CABALÍN.

CABALÍN.—¡Nos dejaron solos, María Antonia!
 MARÍA ANTONIA.—(Riendo.)—¿Qué miedo, eh, Cabalín?

CABALÍN.—Para mí ninguno, que siempre he salido victorioso de las situaciones difíciles con las mujeres.

MARÍA ANTONIA.—¿Don Juan?

CABALÍN.—Don Luis. Pero un Don Luis aventajado.

MARÍA ANTONIA.—¿En qué siglo?

CABALÍN.—En el que estoy.

MARÍA ANTONIA.—Mira que te traigo un espejo...

CABALÍN.—Tráelo. ¡Yo no he temblado jamás delante de ningún enemigo! Ni ahora, de hombre hecho, ni antes, de joven. ¡Jamás!

MARÍA ANTONIA.—¿Te acuerdas de cuando eras joven? ¡Qué memoria la tuya tan privilegiada!...

CABALÍN.—Niña, niña..., ¡no me desafíes! ¿Quién te ha dicho a ti, cándida e inexperta María Antonia, que sea menester la juventud ni la arrogancia varonil para conquistaros? ¡Vosotras os enamoráis de cualquier cosa!

MARÍA ANTONIA.—Entonces comprendo tus esperanzas, que cualquier cosa ya lo eres...

CABALÍN.—¡Y algo más! Hablabas de Don Juan.

¿Crees tú que el Tenorio las seducía con su gallarda apostura? No, hija, no. A las más fáciles se las trasteaba Ciutti y a las más difíciles las ponía doña Brígida en punto de caramelo. Don Juan no entraba más que a matar..., y sin aquellos dos buenos peones de brega su lista se queda en la décima parte.

MARÍA ANTONIA.—¿Y la tuya?

CABALÍN.—La mía se conservará incólume, porque yo no he necesitado de auxiliares. Yo solito... ¡Desear... y conseguir!

MARÍA ANTONIA.—Tendrás música...

CABALÍN.—Mejor que eso todavía. Yo no les busco el corazón, que a veces no lo tienen..., ni la embriaguez de los sentidos, que a veces les faltan..., ¡no! Busco lo infalible con las mujeres: ¡su curiosidad!

MARÍA ANTONIA.—Curiosas somos todas, sí...; pero no tanto.

CABALÍN.—Tanto. Ese es el talismán prodigioso. Despertar su curiosidad, intrigarlas bien..., ¡que como se intriguen, perdiz muerta... y al saco!

MARÍA ANTONIA.—¿Todas?

CABALÍN.—Todas. Sin excepción. Y más de una vez ha venido la hermana pequeña a que le explicara de qué modo convencí a la mayor.

MARÍA ANTONIA.—(Riendo.)—Decididamente das miedo...

CABALÍN.—Contigo no me lo propongo. Hay muchísimas razones de cariño y de respeto, a ti y a

los tuyos, que me impiden en absoluto semejante villanía... ¡¡Pero si me lo propongo!!...

MARÍA ANTONIA.—¿Perdiz muerta?

CABALÍN.—Y al saco, María Antonia.

MARÍA ANTONIA.—(Abrazándole afectuosa.)—¡Si te quitaran cuarenta o cincuenta años, serías temible, Cabalín!

CABALÍN.—(Levantándose.)—¡Vaya! ¿Qué apostamos?

MARÍA ANTONIA.—¿A que me enamoro de ti?

CABALÍN.—No. Eso no me preocupó con ninguna. ¿A que me sigues como un corderito y haces lo que a mí me dé la gana en cuanto yo tire de recursillo y te intrigue un poco?

MARÍA ANTONIA.—Buen humor tienes...

CABALÍN.—¡Apuesta si te atreves!

MARÍA ANTONIA.—¿Una caja de dulces?

CABALÍN.—(Dándole la mano.)—¿Dicho?

MARÍA ANTONIA.—Dicho. Pero entendámonos. ¿En cuánto tiempo?

CABALÍN.—Diez minutos.

MARÍA ANTONIA.—¡¡Don Juan!!

CABALÍN.—Don Luis. Y pongo ese plazo porque estando prevenida desconfiarás un poco, que si no...

MARÍA ANTONIA.—No te conocía en ese aspecto fanfarrón..., aunque naturalmente ya descarto que es broma.

CABALÍN.—Pues vas a conocerme muy en serio.

Pero ante todo has de prometerme que no te enfadarás después.

MARÍA ANTONIA.—(Altiya.)—¿Después de qué?

CABALÍN.—Que no te incomodarás si después de intrigarte no sigo la prueba más adelante, para salvar siempre los respetos que guardo y quiero guardar a los tuyos y a ti.

MARÍA ANTONIA.—No hay gran peligro en esa promesa...

CABALÍN.—Pues hazla.

MARÍA ANTONIA.—Hecha.

CABALÍN.—¿Empezamos?

Mira su reloj.

Las cuatro menos nueve minutos. Es igual. A las cuatro en punto se concluye mi demostración y ni tú ni yo volvemos a hablar de ella. ¿Convenidos?

MARÍA ANTONIA:

¡Oh, Cabalín!... ¡Yo lo imploro de tu hidalga compasión!

¡Arráncame el corazón

o ámame, porque te adoro!

CABALÍN.—Todo se andará. ¿Sabes lo que me gusta más de ti?

MARÍA ANTONIA.—¿Los ojos?

Se sientan.

CABALÍN.—No son feílos, no.

MARÍA ANTONIA.—¿La nariz?

CABALÍN.—Regularcilla.

MARÍA ANTONIA.—¿La boca?

CABALÍN.—No está mal...

MARÍA ANTONIA.—¿La figura?

CABALÍN.—Tampoco es para despreciar... Pero más que todo ello junto tu candor.

MARÍA ANTONIA.—(*Sorprendida.*)—Cabalín...

CABALÍN.—(*Sin mirarla.*)—Ya me figuro que te supondrás muy pícara porque no ignoras cuatro picardías... Pero tengo la convicción absoluta de que en el fondo de tus conocimientos hay una santa y dichosísima ignorancia.

MARÍA ANTONIA.—Es posible...

CABALÍN.—Seguramente.

MARÍA ANTONIA.—Quedemos en candorosa, si te agrada.

CABALÍN.—Y si yo fuera tu amigo predilecto haría locuras.

MARÍA ANTONIA.—Ya las haces sin serlo.

CABALÍN.—¿Ahora?

MARÍA ANTONIA.—Ahora.

CABALÍN.—Quizá. Pero eso entra en el terreno de lo vulgarísimo. ¿Quién no las cometería en tal caso? Nadie. Disculpados todos.

MARÍA ANTONIA.—Gracias...

CABALÍN.—Y vamos a ver si tú sabes o te imaginas siquiera lo que yo sería capaz de no hacer—¿lo entiendes bien?—de no hacer, si fuera tan amigo tuyo como suponemos.

MARÍA ANTONIA.—Eso es más complicado de adivinar. Desde luego no hablarías de ello con nadie.

CABALÍN.—¡Desde luego!

MARÍA ANTONIA.—No escribirías...

CABALÍN.—Jamás. Es una temeridad siempre.

MARÍA ANTONIA.—No me mirarías habiendo gente, por temor a comprometerme.

CABALÍN.—Claro que ni mirar...

MARÍA ANTONIA.—Y ya no sé qué más disimulo cabría.

CABALÍN.—Pues te diré cómo entiendo yo el amor en estas circunstancias, cuando para la mujer puede existir un riesgo tan enorme como el que tú corres si tu marido nos descubriera.

MARÍA ANTONIA.—(*Riendo.*) No nos descubrirá.

CABALÍN.—No sé.

MARÍA ANTONIA.—Yo sí.

CABALÍN.—Yo no... Pero escúchame. Pues llevaría el amor a un extremo tal de adoración y de sacrificio... ¡tan grande, María Antonia, tan grande!, que si tú me dijeras, por ejemplo: «ven esta tarde a la Biblioteca...» Deseándolo...

MARÍA ANTONIA.—¿A la Biblioteca...?

CABALÍN.—O a cualquier otro sitio de la casa... ¡deseándolo, volviéndome loco con la idea de ir y verte a solas un instante!! No iría.

MARÍA ANTONIA.—¿No irías...?

CABALÍN.—No. Le tendría un espanto horrible a que tu marido..., tu madre..., tu hermana..., cualquiera..., nos sorprendiese, y te jugaras en esa mala

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO DE PES"
 1825 FUNDACION MEMORIAL

32843

carta tu felicidad y tu vida. ¡La vida también, María Antonia!

MARÍA ANTONIA.—¿No irías?

CABALÍN.—¡Sería horrible!

MARÍA ANTONIA.—Por miedo a que alguien...

CABALÍN.—¡¡Horrible!!

MARÍA ANTONIA.—¿Nos descubriera... me descubriera a mí?

CABALÍN.—(*Sacando el reloj.*)—Menos cinco.

Riendo.

Y ya estás intrigada. Siempre me sobró tiempo con los diez minutos...

MARÍA ANTONIA.—(*Con ansia.*)—Sigue, Cabalín.

CABALÍN.—Belleza, talento, fortuna... ¡nada como el intrigarlas, nada!

MARÍA ANTONIA.—¡Sigue, sigue! ¿Qué más no harías, qué más?

CABALÍN.—Si ahora te digo que vengas conmigo para seguir el cuento, vienes, vienes. ¡Soy invencible!

MARÍA ANTONIA.—Te suplico que sigas...

CABALÍN.—¿Para qué, si ya estás convencida de mi poder sobrehumano?

MARÍA ANTONIA.—Es tan curiosa tu manera de amar... Sigue, sigue.

CABALÍN.—Además, yo soy un sibarita refinado. Me gusta para una mujer hermosa una habitación lujosísima..., y ésta es una casa vieja, destartalada... ¡Aborrezco las casas viejas!

MARÍA ANTONIA.—¿Por qué las aborreces?

CABALÍN.—Por eso, por viejas, por destartaladas, porque crujen las maderas de los pisos de un modo escandaloso, sobre todo si hay silencio...

MARÍA ANTONIA.—¿Crujen?

CABALÍN.—¿No lo has notado?

MARÍA ANTONIA.—Sí...

CABALÍN.—La otra tarde intenté descabezar un sueñecito... ¡pero cualquiera duerme aquí! Apenas si me quedaba traspuesto cuando empezaron a crujir las dichas tablas como si alguien corriera o jugara por arriba, en la Biblioteca... Me sorprendió, porque sabía que estabais todos en el jardín... y persuadido de que era imposible ya la siesta... pues subí.

MARÍA ANTONIA.—(*Cogiéndole.*)—¿A la Biblioteca?

CABALÍN.—A mi cuarto.

MARÍA ANTONIA.—¿Pero entraste?

CABALÍN.—Claro. A tumbarme en la cama.

MARÍA ANTONIA.—Digo en la Biblioteca.

CABALÍN.—No recuerdo... ¿Entré... o no entré...? No, no entré.

MARÍA ANTONIA.—Entonces, ¿no sabes quién pudo haber sido?

CABALÍN.—¿Quiénes pudieron haber sido? ¡No, no sé quiénes!

MARÍA ANTONIA.—¿Quiénes...? ¿Más de uno?

CABALÍN.—No sé... No sé... (*Mirando el reloj.*)

Las cuatro en punto y tú intrigada. ¡La curiosidad de las mujeres!

MARÍA ANTONIA.—¿De verdad no entraste?

CABALÍN.—Me debes una caja de dulces.

MARÍA ANTONIA.—¡Pero dime algo más!

CABALÍN.—Hemos convenido en cortar de raíz así que transcurriera el tiempo marcado. Buenas tardes...

MARÍA ANTONIA.—(*Sujetándole.*)—¿Qué más, qué más? ¿Tú quieres darme a entender algo, Cabalín? ¡Mi buen Cabalín! Mi amigo...

CABALÍN.—Evidentemente que sí. He querido darte a comprender...

Muy serio.

Y tú ya lo comprendes... Que estoy en mi siglo de hazañas y que las realizo siempre que me propongo.

Marchando.

Vaya...

MARÍA ANTONIA.—¡No... no!

CABALÍN.—Quieta, quieta. No vengas tras de mí... Que yo no exhibo mis conquistas.

MARÍA ANTONIA.—Por caridad...

CABALÍN.—(*Muy serio.*)—¡Quieta!!

Riendo.

Y no seas boba, que todo fué una invención para intrigarte.

MARÍA ANTONIA.—¿Todo?

CABALÍN.—Todo.

MARÍA ANTONIA.—¿No entraste?

CABALÍN.—No tuve para qué entrar, ni para qué subir... Que jamás vine aquí a dormir la siesta. Lo único cierto, absolutamente cierto..., ¡jes que crujen las maderas!! Pero eso ya lo sabemos todos.

MARÍA ANTONIA.—¡Lo único!

CABALÍN.—Lo único. Buenas tardes, María Antonia.

Mutis CABALÍN.

ESCENA XIII

MARÍA ANTONIA, que se queda inmóvil mirando hacia el sitio por donde desapareció CABALÍN. Por el foro entra PEDRO.

PEDRO.—¿Qué haces ahí sola?

MARÍA ANTONIA.—¡Pedro!...

Le señala a la puerta.

PEDRO.—No he visto quien...

MARÍA ANTONIA.—¡Cabalín!

PEDRO.—Bueno, ¿y qué?

MARÍA ANTONIA.—¡Cabalín lo sabe!

PEDRO.—(*Espantado.*)—¿Lo sabe?

TELON